

# SOLITARIA, PERO NO SOLA

Por VICTORIA ARMESTO

EN unas declaraciones al «Times», Dame Rebecca West hablaba con admiración de Mrs. Margaret Thatcher y añadía, aún teniendo tantas virtudes como indudablemente tiene, por el simple hecho de pertenecer a la clase media, y ser una representante «típica» de la misma, la señora Thatcher estaba un poquito demasiado «puesta» (pelo cardado, broche en la solapa, pañuelo al cuello, etc), pues lo mismo les ocurre —salvando distancias— tanto a la reina de Inglaterra como a la de Holanda.

Y es que ambas soberanas, igual que la líder del partido conservador, responden puntualmente a los antiguos conceptos estilísticos de las clases medias europeas. Para ellas no ha nacido la moda «progre».

La fidelidad estilística responde a la espiritual. Ambas reinas y especialmente Juliana, que es la que nos interesa ahora, ciñen en sí los conceptos éticos y morales prevalentes en las tradicionales clases medias, y no es un secreto que dichas clases y dichos conceptos éticos, y morales están sujetos hoy a muy fuertes embates.

Hay en Holanda, como en Bélgica o Escandinavia, una clase noble rica y «sostificada», pero no es a esta clase a la que parece pertenecer o responder la reina Juliana que más bien semeja formar parte de esa amplia clase media en que figura una mayoría de los 13 millones de holandeses.

Se ha dicho que Holanda (36.758 km.2) es un pequeño «gran país». Se ha dicho también que «Dios creó al mundo, pero a Holanda la hicieron los holandeses». Ambos dichos contienen una gran dosis de verdad y, por lo que se refiere al segundo, el dramatismo de la obra común se pone de relieve al recordar que, más de la mitad de las tierras del reino, se hallan debajo del nivel del mar, al que es preciso contener por medio de diques mientras las bombas de agua se encargan de secar la tierra.

La amenaza constante exige la presencia no menos constante de unos esfuerzos los cuales a su vez, crean una tensión histórica que se añade a la belleza natural de una tierra en donde se entrecruzan los ríos y canales y donde se produce la misteriosa impresión de que los barcos bogan entre vacas y praderías.

Es imposible olvidar aquellos lazos históricos que un día nos vincularon, cuando (no se si para bien o para mal) caímos bajo el dominio común de una misma dinastía.

Unos y otros nos revelamos contra el dominio de los Habsburgos, ellos con mayor éxito o fortuna.

Tal original interacción no por

antigua merece ser olvidada y la recuerdan especialmente los holandeses que, frente a nosotros, han asumido siempre unas relaciones de amor-odio que bien merecerían un estudio freudiano.

Así el peso de la historia alienata en esa voz materna que pretende acallar los gritos del infante bajo la amenaza «que llamo al duque de Alba», pero si el duque significa el castigo, los «Reyes Magos», que tradicionalmente vienen embarcados «desde España», representan el premio; amor-odio que se patentiza en el propio himno nacional holandés, en donde el héroe independentista, al tiempo que rompe los lazos dinásticos, se apresura a proclamar su adhesión histórica a la casa real de España:

*Guillermo soy de nombre de Nassau, señor.  
A su patria no hay hombre más fiel con más fervor.  
Sin tacha nada empañá de Orange, mi blasón,  
al Rey, señor de España rendí yo siempre honor.»*

Tierra de valientes guerrilleros, Holanda es desde hace un siglo patrimonio de princesas. Guillermina, cuya bicicleta está en el subconsciente de todos los europeos maduros como una sólida imagen de anteguerra, fue reina de los Países Bajos durante 50 años. Sobrevivió como símbolo de las clases medias, a dos guerras europeas. Con su hija Juliana y con el marido de la misma y dos de las princesas, abandonó el país cuando en mayo de 1940 fue invadido por los alemanes, convirtiéndose, desde Inglaterra y el Canadá, en imagen de la heroica resistencia.

En 1948, ya pasada la tragedia, una fatigada, pero victoriosa Guillermina abdica en una Juliana de 39 años, quien confesaría en su primer discurso:

*«He sido llamada para desempeñar una tarea tan difícil que, tras mucha reflexión, nadie la querría asumir, pero al mismo tiempo tan hermosa que me pregunto: ¿quién soy yo para llevarla a cabo?»*

Al sentimiento de humildad se une otro que nuevamente la emparenta con las clases medias: el celo por el servicio comunitario. Una antigua compañera de clases Juliana confiesa: «Si no hubiera tenido mi destino fijado, me hubiera gustado ser asistente social», y Guillermina diría hablando de su hija en sus memorias: «Siempre ha sentido Juliana un

fuerte deseo de comunión humana. Es un rasgo característico de su carácter.»

Tales sentimientos comunitarios han sido llamados a frustrarse a menudo, por cuanto Juliana, una vez más semejante a las clases medias, está también herida por el fenómeno del cambio.

Su reinado se inicia bajo el signo amargo de la descolonización (en 1949 firmaría el tratado de transferencia de Indonesia), y soberana de un país rico en la Europa del «milagro», la propia dinámica del progreso parece crear la rebeldía alentada tal vez por la llamada explosión demográfica, cinco millones de holandeses en cinco años.

Los chicos mimados de las clases medias se transforman en mendicantes de peinado «piojoso» y los primeros «provos» de Amsterdam provocan a los agentes de policía. A los «provos» suceden los llamados «enanos», que en casos aislados logran escalar algunos peldaños de la administración municipal, pero unos y otros están en retirada actualmente; el desmelenamiento ha pasado, vuelve la compostura.

Juliana, como antaño Guillermina y otras soberanas, de la realeza europea, buscaría su consorte entre las casas principescas alemanas que, ya por tradición, se especializan en suministrar «consortes».

Consortes o consuertes, la familia real de Holanda es una de las más ricas del mundo.

La pareja formada por Juliana y su esposo, nacido Bernardo Leopoldo Federico Everardo Julio Coert Karel Godofredo y Pedro de Lippe-Biesterfeld (no se puede decir que al príncipe se olvidaran de imponerle nombres) quien, nacido en 1911, es dos años menor que Juliana, tuvieron cuatro hijas, Beatriz (la princesa heredera), Irene, Margarita y María Cristina. Cuatro hijas, cuatro problemas o, al menos, dos.

La más joven, hoy esposa de un exiliado cubano y residente en Nueva York, creó graves trastornos emocionales en la reina, quien, por ser la princesita bastante cegata, llevó a palacio a una curandera a fin de que la sanara. El tacto mostrado por el príncipe Bernardo y el afecto intenso que le revelaron sus súbditos, unido a que la princesa algo mejoró de los ojos, aunque no por las artes de la «meiga», contribuyeron a que se restableciera el equilibrio emocional de la reina.

Es de suponer que la boda de Irene generó otras tensiones. En primer término estaban las diferencias religiosas hondamente afinadas, por cuanto a ellas responde la propia independencia de Holanda.

Irene fue a buscar un príncipe católico y un príncipe de Borbón Parma, una boda en Roma (1964) sin consentimiento de los Estados Generales, lo que la inhabilitaría con sus descendientes para figurar en la sucesión del trono holandés, y, por si estas diferencias no fueran bastantes, estaba la propia ideología del príncipe Hugo Carlos y sus adeptos, que más que ideo-

logía parece una pasión del alma y como tal más que alentada debería ser refrenada por una princesa de la Casa de Orange-Nassau en vez de seguirle, según diría el Quijote, «por los caminos sin camino».

Si bien la boda venturosa de la heredera de Beatriz con el ex-diplomático y noble alemán Claus von Amsberg y el nacimiento de —para romper la tradición— cuatro hermosos principitos, han debido proporcionar grandes alegrías a la reina Juliana, su última espina tiene un nombre concreto: «Lockheed».

Al darse a conocer por la prensa norteamericana que Bernardo pudiera estar implicado en el famoso «affaire» de los sobornos, la reina Juliana —como soberana constitucional— aprobó que se constituyera una comisión presidida por el juez Donner, la cual, habiendo iniciado sus investigaciones en el pasado febrero, dio a conocer recientemente un informe por el que, con ciertos matices, se declaraba culpable al príncipe consorte.

Pero era la suya, según el informe Donner, una culpabilidad matizada que no daba pie para el procesamiento pedido por dos únicos diputados del parlamento, los cuales pertenecen al partido radical.

El gobierno holandés, formado según se sabe por una coalición que dominan los socialistas, aceptó las conclusiones de la comisión Donner, lamentándolas.

Como resultado de todo este escándalo, el príncipe Bernardo se ha visto obligado a relinquir parte de sus funciones; ya no es inspector general de las fuerzas armadas, ni miembro del consejo general de Defensa; estos días acaba

de presentar su dimisión como presidente del «World Wildlife Fund», una misión de defensa de la naturaleza muy amada por el príncipe y que le había traído varias veces a España para ocuparse de la amenazada fauna del Coto de Doñana. También parece que, entre otras misiones, ha dimitido de la presidencia del «Bildergroep», así como de otras funciones directivas en esferas de la cultura, de la economía y de la banca...

Un hombre inteligente, sensible, culto, buen economista, y tan rico por matrimonio, uno se pregunta cómo el príncipe Bernardo pudo meterse en todo este lío. Por otra parte, viendo como le trata la prensa amarilla, uno acaba por compadecer al príncipe y comprender por qué, recordando sus pasados servicios a la corona, es hoy defendido por una parte del pueblo holandés y muchos incluso se han manifestado a su favor, saliendo a la calle con un clave blanco en la solapa: como suele llevar siempre el príncipe consorte, o llevaba, que ahora es de suponer que no está para tales florituras.

¡Cuánto hablan de estos escándalos financieros aquellos países en donde nunca podría hablarse de los suyos propios!

Pero cuánta melancolía en todo este asunto por sus implicaciones, por sus complicidades, por lo que pueda afectar a esa mujer tan sensible y humana que es la reina Juliana. No obstante, es obvio que la monarquía en Holanda sigue contando, a pesar de todo, con el apoyo de un noventa por ciento de los holandeses. Este afecto popular no sólo impide que Juliana abdique, sino que es un bálsamo para su corazón, y sin duda le inspira sentimientos de piedad hacia los errores del príncipe Bernardo. Es muy posible que en esta hora grave Juliana, apoyada por su pueblo, recuerde el título de las memorias de su madre, la reina Guillermina:

*«Eenzaam maar niet alleen: solitaria, pero no sola.»*

## EL Dr. DOMINGO GARCIA SABELL, ASOCIADO FUNDADOR DEL «CLUB DE ROMA»

MADRID, 21.— En el Consejo Superior de Investigaciones Científicas se ha celebrado el acto de constitución del Capítulo Español del «Club de Roma». Han sido designadas diversas personalidades entre las que figura, como miembro asociado fundador, el doctor don Domingo García Sabell, colaborador de LA VOZ DE GALICIA.

## EL «POLISARIO» AFIRMA QUE SUS GUERRILLEROS CAUSARON NUMEROSAS BAJAS EN UN ATAQUE CONTRA LA CIUDAD DE EL AAIUN

Quedó destruido el antiguo cuartel de Artillería y otros edificios sufrieron graves daños

LAS PALMAS, 21.— Según fuentes del Frente Polisario en esta capital los guerrilleros del Ejército Popular de Liberación del Sahara, realizaron anoche una acción armada contra la ciudad de El Aaiun, produciendo numerosas bajas en las fuerzas reales marroquíes.

Según estas fuentes los ataques de mortero se produjeron a distintas horas de la noche. Se afirma que el antiguo cuar-

tel de Artillería quedó totalmente destruido, sufriendo también grandes daños el edificio de la antigua Policía Territorial y los de Aviación.

Las mismas fuentes del «Frente Polisario» manifiestan que la Casa de España ha sido rodeada por miembros del ejército marroquí y que se ha declarado el toque de queda en El Aaiun desde el inicio del ataque.— (EUROPA PRESS).

